

edición de Zamora reinados enteros, carece de no corto número de capítulos, y se hallan estos sobre todo tan barajados y sometidos á ordenación tan caprichosa que no hay escrúpulo alguno en asegurar que ó se valió Ocampo de uno de los Mss. más despreciables de la *Estoria* del Rey Sabio, ó procedió con la mayor arbitrariedad y descuido. Todo puede creerse, al recordar el empeño que mostraron los eruditos del siglo XVI en *polir* el antiguo lenguaje de Castilla, dando nueva forma á las producciones de sus abuelos, y al tener en cuenta la excesiva licencia de los trasladadores ó pendolistas, que al maravilloso invento del célebre Wuttemberg precedieron ¹.

Tal como es generalmente conocida, consta la *Estoria de Espanna* de cuatro diferentes partes. Comienza la primera, no con la creación del mundo, como se ha pretendido equivocadamente, sino con la división que hicieron los sabios de todas las tierras, punto que explanó despues don Alfonso en la *Grande et General Estoria*, y con la descripción y población de Europa, consumado ya el diluvio.—Tubal, hijo de Japhed, fué el poblador de España: con su historia se enlaza la no menos oscura de los Geriones, exterminados por Hércules, y á la de este se eslabonan las fábulas de Espan, que dió su nombre á la Península, así como las de Iberia, su hija, y de Piros su yerno, á quienes ciñe aquel la corona.—De Rocas y Tartús, personajes altamente fantásticos, pasa el historiador al señorío de los griegos, almunices y africanos, caminando velozmente y entre sombras hasta llegar á la venida de los cartagineses. Las guerras de Amilcar, Asdrubal y Anibal, abriendo el período verdaderamente histórico, traen á España las águilas del Tiber, que no sin repetidas luchas logran al cabo se-

que comprende desde la proclamación de don Pelayo hasta el *sepulturamiento de muy sancto cuerpo del muy noble rey don Ferrando*, encierra quinientos setenta y uno (Bibl. Escur., cód. j. X. 4). Conveniente nos parece notar que una y otra parte ofrecen diferentes subdivisiones, como para indicar los diversos períodos históricos que encierran.

¹ Convencida de estas razones, prepara la Real Academia de la Historia una edición completa de la mal llamada *Crónica general*, teniendo presentes los más autorizados Mss.—Esta publicación será el más seguro comprobante de las observaciones que en orden á la impresión de Ocampo dejamos apuntadas.

ñorearla. Admirando en los romanos el consejo, la subordinación y la constancia en las adversidades, síguelos el Rey Sabio en sus desastres y sus triunfos, é ingiriendo de paso la historia de Cartago ¹, narra las crueldades de Sila y las costosas rivalidades de César y Pompeyo, que aniquilaron la República. Detiéndole algún tanto la historia del Imperio, en que no olvida sus deberes de cristiano, ni sus aficiones de erudito, ora consignando el nacimiento, vida y muerte del Salvador con el milagroso efecto de su doctrina, acrisolada en el martirio, ora recordando oportunamente los sucesos relativos á la historia de las letras ². Notable es en

¹ Digno es de consignarse que el rey don Alfonso, dando el ejemplo que siguieron despues desde su hijo don Sancho hasta el marqués de Santillana y desde Lasso de la Vega y Erçilla á Lope de Vega, se mostrase partidario de la reina Dido, fundadora de la antigua Birsá, rechazando las ficciones de Virgilio. Deseoso de darlas á conocer, extractó y parafraseó no obstante en los capítulos LV y siguientes el libro IV de la *Eneida*, añadiendo al final una carta de Dido al engañoso Eneas, llena de calor y energía. La primera versión, según el mismo rey apunta, la tomó de Justino, lib. XVIII, cap. 4 y siguientes: en ambas probó que le eran familiares los libros de la antigüedad clásica.

² Entre los muchos rasgos de historia literaria que exornan la de la República y del Imperio, narrada por don Alfonso, son notables los que se refieren á Julio César, Ciceron, Virgilio, Ovidio, Varron, Séneca y Lucano.—El Rey Sabio declara que el vencedor de Farsalia era docto en el conocimiento de la lengua griega, dictaba al par á cuatro amanuenses, y *«versificaua muy fermoso et mucho ayua»*, atribuyéndole el siguiente epigrama, escrito en la Península Ibérica:

Trax puer astricto glacie dum ludit in Ebro,
Frigore concretas pondere rupit aquas;
Dumque immae partes rapido traherentur ab amne,
Percusit teneram lubrica testa caput.
Orba quod inventum mater dum conderet urna,
Hoc peperit flammis cetera dixit aquis.

Al mencionar la muerte de Virgilio, refiere que Octaviano *«mandó á Varro y á Lucan, dos sabios, que emendassen el libro que fiziera Uergillo de Eneas et de los otros cabdillos de Troya, et castigólos (añade) que non annadiesen y ninguna cosa de suyo; et por esto áy en aquel libro muchos versos, en que non váy sinon los comienços, et en otros sinon los medios, et en otros los cabos»*. Antes inserta el conocido dístico:

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Partenope, cecini pascua, rura, duces.

verdad la copia de noticias que don Alfonso atesora en este punto, no menos que en lo referente á la decadencia del Imperio y á las irrupciones sucesivas de los pueblos septentrionales, pudiendo asentarse con entero convencimiento que superó á cuantos le habian precedido en el estudio de las antigüedades romanas, no teniendo dignos rivales en nuestro suelo hasta el siglo XVI ¹.

Tras las desoladoras invasiones de alanos, vándalos, suevos y silingos, que procura el rey de Castilla bosquejar con el pincel del afligido Idacio, presenta ya en la segunda parte á los visigodos en quieta posesion de la Península, bien que hundidos al cabo en la molicie y corrupcion, de que vienen á sacarlos las vencedoras falanges de Tariq y de Muza. Todo se ajusta en este importante periodo á las relaciones de Isidoro, Sulpicio y Julian, no olvidadas por cierto las actas de los famosos Concilios Toledanos; mas al llegar á la aparicion de Mahoma, ligeramente apuntada por el obispo de Sevilla, cobra la narracion nuevo aspecto, enriqueciéndose sobremanera con el auxilio de los libros arábigos, que tan familiares eran á don Alfonso. Para que puedan nuestros lectores formar idea de esta nueva influencia histórica y del color que presta al estilo del rey de Castilla, no será inoportuno el poner aquí algun fragmento de la vision de Mahoma, revelada á sus discípulos despues de su viaje á Jerusalem, de vuelta ya para la Meca:

Hablando, en el imperio de Neron, de los sabios de Córdoba, elogia sobremanera á Séneca, y pone el epitáfio de Lucano, que anda en los principios de casi todos los códices de la *Farsalia*:

Cordaba me genuit, rapuit Nero, praelia dixi.

¹ Aunque pareciere á alguno que exageramos, puede asegurarse que ni aun la misma Italia poseyó hasta los tiempos de Petrarca quien conociera, como el rey de Castilla, la historia de Roma. De advertir es sin embargo que mientras el cantor de Laura tenia la lengua vulgar toscana por indigna de los grandes nombres de la República y del Imperio, escribiendo en latín sus libros *Rerum Memorandarum* y su epitome *Vitarum illustrium Virorum*, se afanaba el Rey Sabio por traerlos á la de España; servicio insigne, cuyo precio sube de punto, considerada la época en que se tributa á la historia patria. Todo prueba cuanto dejamos observado respecto al estudio de la antigüedad, que iba poco á poco reapareciendo en el horizonte de las letras.

«Tomóme el ángel Gabriel (decia Mahoma) et leuóme suso fasta el primero cielo: et los ángeles que y estauan venieron contra mí et rescibieronme muy bien, et fueron muy alegres comigo. Et con el gran plazer que ende ouieron, catáronse unos a otros et deçien: Ay qué bien!... Ay qué bien es este! Et oráuanme todos todo bien et toda salud, synon uno solo que estaua ahy, que non se alegraua comigo nin se reya como los otros. Et yo pregunté estonze al ángel Gabriel que quién era aquel ó por qué fazie aquello. Et Gabriel me dixo: Sepas queste ángel nunca se reyó, nin se reyerá: que este es el ángel guardador del fuego. Et yo dixé á Gabriel: ¿Es aqui ángel alguno que sea dicho EL MUY AMADO DE DIOS?... Et dixome estonze: Este es que tú dizes. Et dixel': Pues dil' que me demuestre el fuego. Et él dixogelo, et el ángel tiró luego la cobertura, de que estaua cobierto el fuego et sallió una foguera et una llama atan grande que sabet que yo oue miedo que quemarie quantas cosas auie uestidas; et rogue estonze á Gabriel quel' dixesse al ángel que cobriesse aquel fuego: et el ángel triste cobrió'l luego assi cuemo de ante estaua cobierto. Et otrossi quando entramos en aquel cielo, fallé un ome onrrado que estaua y assentado en una siella et amostráuanles las almas de todos los omees que morien, et quando veya en el alma alguna cosa, de que non le plazie, tollie los oios della, que non la querie veer et maltraýala, diziendo assi: Perduda ¿porqué sallieste d'aquel malaumenturado cuerpo, en que nyacies?—Mas quando el alma le mostraua alguna cosa de bien en quel' plazie, folgaua él con ella, et dezie: Bien ayas, alma bienaumenturada, que sallieste de buen cuerpo. Et yo pregunte al ángel que quién era aquel ome tan onrrado et dixome:—Este es Adam que se allegra con los buenos d'aquellos que son del su linaie, et tuelle la su faz de los malos: que los non quiere veer et amuéstrales las penas de los peccadores; et esto es el fuego que de susso dexiemos», etc. ¹

Enlazados á la historia de los visigodos los sucesos de la vida y predicacion del falso profeta, mencionadas las rápidas conqui-

¹ Esta vision se refiere en la azora ó sura XVII, versíc. 1, bien que sólo apuntándola: la relacion que hace el Rey Sabio, aunque declara que la tomó del libro II de Mahoma, no se halla sino en la *Zuna* y en los comentadores, que son los que explican cuanto sobre los vasos de leche, agua y miel, dice el mismo soberano. La division del Koram, indicada por don Alfonso, no se encuentra en los impresos, y sí únicamente en los Mss. de los moros españoles y africanos, los cuales contaban sólo 113 suras ó capítulos, en vez de las 114 que generalmente ofrece, por considerar la primera como oracion dominical ó prólogo de todo el libro. Este constaba, conforme á dicha division, de cuatro partes: la primera tenia nueve azoras ó capítulos, diez y siete la segunda, etc.; por manera que la sura XVII, de que hablamos, era el capítulo VII del libro II en el códice que usaba el Rey Sabio.

tas de sus sectarios, y referidas las pavorosas invenciones del palacio encantado de Toledo, contadas ya en la *Historia Gothica* por el arzobispo don Rodrigo, y las más infelices de la Cava, no admitidas del todo por don Alfonso ¹, pónese término á esta segunda parte con la destruccion y llanto de España ², que viene casi toda á poder de los sarracenos. Comprenden las dos últimas el largo y glorioso período que media entre la proclamacion y jura de don Pelayo en las breñas asturianas hasta el fallecimiento de Fernando III en la capital de Andalucía: nace en él, crece y llega á su primera juventud el carácter nacional, no sin terribles peligros y contradicciones, que infunden á la *Estoria de España* vivo y extraordinario interés, realzado por los encantos de una imaginacion poética, y por las multiplicadas bellezas de un len-

¹ Despues de mencionar los torpes amores de Florinda, dice, aludiendo á don Julian: «Algunos dizen que fué la muger, et gela forçó; mas pero por qualquier que fue destas cosas, desto se leuantó el destroymiento de Espanna et de la Gallia gótica» (II.^a Parte, cap. Lv).

² Debemos advertir que el celebrado *llanto de España* lo imitó don Alfonso, bien que ampliándolo y dándole más color, del escrito por el arzobispo don Rodrigo en su *Historia Gothica*, teniendo sin duda presente la version castellana debida al mismo prelado. En esta comienza el referido llanto: «Qué dolor! Ya non auie qui alçar la mano á defender Espanna!... Fincó la tierra yerma, lienna de gentes aienas: renouáronse los males de Hércules et de los griegos: renouáronse los males de los alanos, et de los uándalos. Agora conpeçó de regnar en Espanna lenguaie aieno et non ouo qui la conortar nin qui fablasse ó se doliesse del su mal» (cap. 30). En la *Estoria de Espanna* que analizamos, comienza: «Et fincára toda la tierra vazia del pueblo, bañada de lágrymas, conplida de apellido, huésped de los extranños, engañada de los vezinos, desmanparada de los moradores, uiuda et nasolada de los sus hijos, confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto et por llaga, fallestida de fortaleza, flaca de fuerça, menguada de conorte, nasolada de los suyos. Allí se renouaron las mortandades del tiempo de Hércules; allí se refrescaron et podrescieron las llagas del tiempo de los uándalos, et de los alanos... Olvidados son los sus cantares, et el su lenguaie ya tornado es en ajeno et en palabra estranna» (II.^a Parte, cap. Lv). Tanto aplauso obtuvo este ensayo de elocuencia declamatoria, que al mediar el siglo XV era imitado entre otros escritores por el Marqués de Santillana en otro, que intituló *Lamentación en propheçia de la segunda destruytion de España* (Obras del mismo publicadas por nosotros, pág. 483).

guaje fresco, sencillo y lozano. Como otros tantos grupos de colosales dimensiones, resaltan en la tercera parte, con el levantamiento de don Pelayo, coronado de prodigioso triunfo, las sabrosas historias de Carlo Magno y Marsilio, de Alfonso el Casto y Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez y los siete Infantes de Lara; peregrinos episodios, donde vemos ya el influjo, que empezaban á tener la llamada *Crónica de Turpin* ¹, y los libros que de ella se derivan, y donde resplandece más directamente y con mayor fuerza el que ejercian, así en el ánimo del historiador como en el de la muchedumbre, los cantos populares y los poemas de los doctos que en aquellos estribaban. Ni deja de aparecer esta misma influencia en los sucesos milagrosos, que desde la gran victoria de Covadonga hasta la aparicion de San Antolin en los valles de Palencia, esmaltan digámoslo así la historia de la reconquista: las visiones de Alfonso el Casto, Ramiro II, Fernan Gonzalez y don Sancho el Mayor, fortaleciendo el patriotismo del pueblo castellano, dan razon cumplida del sentimiento religioso, que le alienta, y muestran sobre todo que la guerra sostenida contra la morisma no solamente era guerra nacional, sino esencialmente religiosa.

La cuarta parte, cuya autenticidad se ha puesto en duda, dando motivo á largas y eruditas disquisiciones criticas, merced á las poco atinadas advertencias de Florian de Ocampo ², llamará nues-

¹ En el cód. F. 152 de la Bibl. Nac., antes de ahora descrito, ocupan los dos primeros lugares la *Epistola Turpini ad Leoprandum* y la *Historia famosissimi Karoli Magni qui tellurem hispanicam et galecianam e potestate sarracenorum liberavit* (fól. 1.^o v. al fól. 19). Segun ella, fué restaurada casi toda España del yugo mahometano por las armas de Carlos, pareciéndonos probable que fuera esta historia, extractada de la fabulosa de Turpin, el libro á que aludió primero el arzobispo don Rodrigo, conforme en su lugar apuntamos, y á que se refirió don Alfonso en toda esta parte, sin olvidar los *cantares de gesta*, que en nuestro juicio deben ser los compuestos por los provenzales y franceses, de que en su dia trataremos.

² Florian de Ocampo escribia, al comenzar la IV.^a Parte: «Dizen algunos que en llegando aqui, suçedió su muerte [del Rey Sabio]; con cuyo fallecimiento faltaron tambien sus coronistas, y lo siguiente fué recolegido y escrito por mandado del señor rey don Sancho, su hijo» (fól. 279 de la ed. de Zamora). La suposicion no puede ser más infundada, y para desvanecerla

tra atención muy particularmente, porque más que otra confirma nuestras anteriores observaciones. Principia con el reinado de Fernando el Mayor, al cual se enlaza, lo mismo que á los de sus hijos don Sancho el Fuerte y Alfonso VI, la popular historia del Cid, sobre que han recaído principalmente las sospechas, creyéndola escrita con anterioridad y por separado¹. Las pruebas en

bastará sólo recordar las palabras del rey don Alfonso, trascritas en el texto. Si pues el rey declara (por los años de 1270, como luego comprobaremos) que tenia ya terminada algun tiempo antes la *Estoria de Espanna*, ¿cómo se ha de dudar de sus palabras?... Á conocer Ocampo la *Grande et General Estoria*, de seguro hubiera evitado este error, que ha sido padre de otros muchos, aun entre los críticos modernos de más justa nombradía, segun en la siguiente nota advertimos.

¹ Esta es la opinion del ilustrado M. Huber, en su muy erudita *Introduccion* á la *Chronica del famoso Cavallero Cid Ruy Diez Campeador*, fundándose en las palabras de Ocampo ya trasladadas. El docto profesor de Berlin, con una paciencia digna de todo elogio, copiando además la final advertencia del expresado editor (fól. XLVII), intenta sacar «las pruebas más convincentes de los hechos alegados por el marqués de Mondéjar para fundar una opinion todo contraria» (pág. xLix). Estos hechos se reducen al reconocimiento efectuado por el marqués sobre la *Crónica Abreviada* de don Juan Manuel, sobrino del rey don Alfonso, reconocimiento que dá el inteligente M. Huber por incompleto, declarando que no prueba lo pretendido. Para demostrarlo, apela al número de capítulos que cada una de las tres partes del *Sumario* de la *Abreviada* contiene, comparándolo con el de las cuatro de la edicion de Ocampo. Si esta pudiera tomarse por base, probaria algo, no todo el trabajo de Huber, segun ha indicado ya Mr. Dozy, rebatiendo estas observaciones (*Recherches*, pág. 589). Pero para nosotros es indiferente la cuestion de las partes, pues que ya sabemos que la division de Ocampo es arbitraria, y que en los códices más antiguos sólo tiene la *Estoria de Espanna* dos grandes secciones: lo que importa es reconocer si la abreviacion de don Juan Manuel, que fué hecha capítulo á capítulo, sigue ó no fielmente dicha historia; y verificado el trabajo sobre los Mss. j. Y. 2. y j. x. 4. de la Biblioteca Escorialense y el códice F. 81 de la Nacional, declaramos que la historia del Cid sobre que versa la cuestion, abraza en el segundo Ms. ciento sesenta y un capítulos, contando en el tercero ciento sesenta, sin que se aparte el abreviador un solo ápice de la historia que compendia. Ahora bien; como es muy posible ó que don Juan Manuel reuniese en uno dos de esos mismos capítulos, ó que en el códice que él extractó sólo hubiera los ciento sesenta del Ms. matritense, ó que el trasladador del códice del Escorial aumentase de propia cosecha una rúbrica, lo cual es probable, se vé con

contrario resultarán de la exposicion siguiente.—En ciento sesenta y un capítulos, extractados en su *Crónica Abreviada* por don Juan Manuel, se repite en efecto aquel glorioso nombre, que teniendo despierto el entusiasmo del pueblo, no pudo menos de atraer sobre sí las miradas del Rey Sabio, llevándole al propio tiempo á consultar por vez primera los cantares del vulgo, los poemas ó leyendas de los semi-eruditos y las historias y poesías de los mahometanos. Preséntale no obstante el historiador del siglo XIII más devoto y sumiso á la potestad real de lo que le hemos visto en la *Crónica rimada* ó *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, prueba inequívoca de que, ó atendia á darle nuevo carácter, ó se habia ya modificado aquella tradicion primitiva, revistiéndose tal vez de nuevas formas poéticas¹. Alterando la cronologia es-

toda claridad que las argumentaciones del entendido Huber no pasan de ser meras, aunque bien fundadas, conjeturas. El hecho es indudable: don Alfonso el Sabio es el autor de toda la *Estoria de Espanna*, como él lo dice y lo evidencian las irrecusables pruebas alegadas: en orden á las aventuras ó historia del Cid, exponemos nuestra opinion en el texto, y respecto de su *Crónica* especial en el lugar oportuno.

¹ En el cap. II del presente volumen, págs. 94 y 95, trascribimos el pasaje de la *Leyenda* ó *Crónica rimada*, en que se narra el desafio de Martin Gonzalez y del Cid sobre la ciudad de Calahorra: tardando Rodrigo al plazo indicado, toma la demanda su padre, y cuando llega aquel, se fortalece con una sopa en vino, entrando luego en la lid; la rima del indicado pasaje insiste en el asonante *ao*. En la *Crónica General* hallamos, al narrar este hecho ya algun tanto alterado, los versos siguientes (IV.^a Parte, cap. I):

Quando el plaço fué llegado | en que auie de lidiar,
Sobre Calahorra... Rodrigo el de Bivar...
Aluar Fannez de Minaya | tomó la lid en su lugar—
.....
Mucho vos pesa, Rodrigo, | que entraste en este lugar.
.....
Este preito por las manos | lo auedes a librar
.....
Mas Rodrigo non lo quiso | olvidar
Et diol' una ferida | por rostro muy grand..
.....
Muy fuertes et muy cruales | ferianse sin piedat
Ca amos eran atales | que sabien muy bien far—
.....
Martin Gonzalez fablana | cuydandol' espantar.—

Estos vestigios de metrificacion, manifestamente anteriores á la época de Berceo, no dejan lugar alguno á la duda.

tablecida por el *Poema de Mio Cid*, y adoptada también por los romances, pónese la *Estoria* desterrado bajo el imperio de Sancho II, colocando en los primeros años del reinado de Alfonso VI el extrañamiento con que empieza el *Poema*, en que se pinta al caudillo castellano ya en edad avanzada. Mas es lo notable que en la narración de estos acaecimientos conocidos de nuestros lectores, sigue la *Estoria de Espanna* tan al pié de la letra al mencionado *Poema*, que pueden fácilmente restablecerse los versos. Sabemos ya cómo cercado en el castillo de Alcocer, habló el Cid en el *Poema* á sus caballeros: veamos este mismo pasaje en la *Estoria* ¹:

«*El agua nos han ya tollida los moros et si assi estamos, fallecernos ha el pan, et aunque nos queramos yr de noche á furto non podemos nin nos consentirán ellos, ca nos tienen cercados de todas partes et vernos ÿan. Otrosy con ellos non podremos lidiar, ca son muchos además. Et Aluar Fanez Minaya dixo entonze contra las compañas: Caualleros como queredes vos fazer?... Ca salidos somos de Castiella la noble et la lozana, et uenidos somos á este logar do nos es menester el esfuerzo. Si con moros non lidiamos non nos querran dar del pan: ca bien somos aquí seiscientos omes de armas et algunos de mas. Pues en nombre de nuestro Sennor Dios que non aya ÿ mal: salgamos á ellos et uayamos los ferir como uarones et esto sea crás. Et repusol' el Cid et dixol': Minaya, fablaste como yo querie et assi lo deuenemos fazer et honrastesvos en ello: et echemos luego fuera del castiello á los moros et las moras, por que non sepan nuestra poridad, nin lo fagan saber á los de fuera», etc.*

Acceptado este partido, salen todos al campo, dirigiéndose contra los moros, los cuales se pusieron asimismo en movimiento:

«*Mouieron sus hazes contra el Cid, cuydando tomar á manos al Cid et á los suyos. Et el Cid quando aquello vió, començó de castigar á los suyos et díxoles: Aquí estad agora quedos en este logar et non mouades nin derramedes ninguno de uos contra ellos fasta que yo lo mande. Mas Pero Bermudez non gelo pudo endurar el corazon, et aguijo adelante con la seña et dixio contra el Cid:—Mio Cid, el nuestro senor Jhesu Christo vos ayude á la vuestra lealtad, ca yo non puede al fazer, et vo meter la vuestra seña en aquella mayor haz et en el mas fuerte logar que yo allí veo. Desy dixo assi á todos: Amigos, los que debdo auedes, en buen agora veré yo en como acorredes á la seña», etc.* ²

¹ Véase el cap. IV de este tomo, y en él las págs. 177 y 180.

² Subrayamos las palabras, las frases y los versos que se conservan in-

¿Puede darse mayor fidelidad, al traer á la historia tan peregrinos materiales?... Pues no menor es por cierto la que notamos en orden á las fuentes arábicas de la vida del mismo caudillo: carecía el Rey Sabio de un guía seguro respecto de la conquista de Valencia, pues que, según oportunamente advertimos, apenas se hallan apuntados en el *Poema* tan memorables sucesos ¹: no le hubieron de satisfacer acaso las tradiciones de los eruditos, recogidas en la *Gesta ó Crónica latina*, y acudió á los escritores árabes, que sobrecogidos de terror y llenos de admiración respecto del Cid, habían consignado en sus anales la memoria del héroe. Aben-al-Farax, según le apellida don Alfonso, ó Abú Djafar-al-Battí, como quieren modernos críticos, parece ser el autor que le ministra la relación del asedio, toma y posesión de Valencia ²; mas no canonizando al Cid en la forma que lo habían hecho los poemas, sino presentándole como un guerrero feroz y cruel que se ensañaba con los vencidos, llevándolos á la hoguera, suerte que cobija á Abeniat [Aben-Djahhá], matador del rey Yahía [Al-Kadir] y usurpador de sus tesoros. Al leer esta singular relación, traducida literalmente, aunque no con entero acierto ³, y al reparar en el empeño con que el Rey Sabio temple y

tegros, y damos la preferencia á los pasajes que citamos en el análisis del *Poema*, á fin de que puedan los lectores comprobar por sí en los capítulos III y IV de este volumen todas estas observaciones críticas.

¹ Véanse los versos 1185 y siguientes, transcritos en el cap. III, antes citado.

² El estudio que sobre este punto ha hecho Mr. Dozy en las *Investigaciones* mencionadas arriba, es de suma importancia histórica y literaria. Sin embargo, en lo relativo al nombre del autor no producen sus observaciones entera convicción: que la relación es debida á un escritor mahometano, es indudable: que sea Abú Djafar-al-Battí ó Aben-al-Farax no pasará tan fácilmente á ser hecho demostrado.

³ Dozy dice sobre este punto: «El estilo [de esta narración] contrasta singularmente con el de la *Crónica*. Pesado y embarazoso, desfallece de continuo: presenta todo el carácter de una traducción, no ya fiel, sino servil, de una traducción que aspira hasta á conservar la construcción del original. Es á veces tan oscura, sobre todo cuando el traductor se enreda en los pronombres posesivos (y téngase en cuenta que por el frecuente uso de dichos pronombres será siempre oscura toda traducción servil del árabe), que oso

modifica en la persona de Ruy Diaz aquellos agrestes instintos de independencia que hemos reconocido en el Rodrigo de la *Legenda de las Mocedades*, creemos descubrir el pensamiento político de rebajar algún tanto la estatura del conquistador de Valencia, atenuando el interés, que sus altas empresas inspiraban, con los efectos repugnantes de su fiereza. El cuadro, verdaderamente patético, de la cautividad de la corte de Yahia, está compendiado en la canción elegiaca, atribuida por don Alfonso al alcaide Alhugi [Alfaraxi] y notable por más de un concepto:

«Valencia!... Valencia!... (dice) uenieron sobre tí muchos quebrantos et estás en hora de morir; pues si uentura fuere que tú escapes, esto será grand marauilla á quien quier que te uiere.

«Et si Dios fizo merced á algun logar, tenga por bien de lo fazer á tí; ca fueste nonbrada alegría et solaz en que todos los moros folgauan, et auien sabor et plazer.

«Et si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes peccados et por los tus grandes atreuimientos que ouiste con tu soberuia.

«Las primeras quatro piedras cabdales sobre que tú fueste formada, quiérense ayuntar por fazer grand duelo por tí et non pueden.

«Et tu noble muro que sobre estas quatro piedras fué leuantado, ya se nestremeçe todo et quiere caer, ca perdido ha la fuerça que auie.

«Las tus muy altas torres et muy fermosas que de lueñe paresçien et conortauan los coraçones del pueblo, poco á poco se uan cayendo.

«Las tus blancas almenas que de lueñe muy bien relunbrauán, perdido han la su beldat, con que bien paresçien al rayo del sol.

«Et tu muy noble rio cabdal Guadalauiar con todas las otras aguas de que te tú muy bien seruies, sallido es de madre et ua onde non deue.

«Las tus açequias muy claras et á las gentes mucho aprouechosas, retornaron toruias, et con la mengua de las limpiar uan llenas de muy grand çieno.

«Las tus muy nobles et niçiosas uertas que enderredor de tí son, el lobo rauioso lles cauó las rayzes et non pueden dar fructo.

«Los tus muy nobles prados, en que muy fermosas flores et muchas auie, eon que tomaua el tu pueblo muy grant alegría, todos son ya secos.

«El muy noble puerto de mar, de que tú tomauas muy grand onrra, ya

decir que multitud de frases son ininteligibles á cualquiera que no posea el árabe y no traduzca á esta lengua sus frases embrolladas» (pág. 394). Mr. Doy pone despues algunos egemplos, que si no son todos igualmente admisibles y satisfactorios, prueban no obstante sus observaciones.

des menguado de las noblezas que por él te solien uenir á menudo.

«El tu grand término, de que tú te llamauas sennora, los fuegos lo han quemado et á tí llegan los grandes fumos.

«A la tu grand enfermedad nol' puedo fallar melesina et los fisigos son ya desesperados de te nunca poder sanar.

«Valencia!... Valencia!... Todas estas cosas que te hé dichas de tí, con grand quebranto que yo tengo en el mi coraçon, las dixi et las razones»¹.

Leida esta elegia, característica del genio oriental, ¿dudará alguno de que fué traducida de su original directamente?... Tras semejante relacion, que acreditando una vez más el noble anhelo de la verdad, abrigado por don Alfonso, ponía de manifiesto con lo genuino de su origen la predileccion del rey á la literatura de los árabes, tornaba á ser tenido por guía el *Poema de Mio Cid*, no sin introducirse en la historia las aventuras de Martin Pelaez, su sobrino, personaje que no tiene representacion alguna en el indicado poema. La narracion vuelve á ir sin embargo tan ceñida á este monumento poético como demuestran los siguientes pasajes. El Cid demanda y reta á los infantes de Carrion en las cortes de Toledo, obtenidas ya sus riquezas y recobradas sus espadas:

«Infantes, qué uos meresci yo, porque me desonrrastes mis fijas et las sacotastes en el Robledo de Corpes? Ca mucho ualedes menos por lo que fecistes [uos]... El conde don Garcia dixo: Sennor Rey don Alfonso, en lo que mefizieron los ynfantes á las fijas del Cid non erraron y nada, ca non las quirién solamente para seer sus barraganas. El Cid es avezado á venir á còrtes pregonadas et por esto trae la barba luenga; et por quanto el diz non damos por ello nada.—El Cid quando esto oyó, leuantóse en pié et puso la mano en su barba, et dixo: Conde, gracias á Dios porque la mi barba es luenga, ca fué siempre criada en vicio et á sabor de sí, et pues ¿qué auedes uos á retraer della? Ca nunca della me priso ome del mundo nin mela mesó, como

¹ IV.^a Parte, fól. 239 de la ed. de Ocampo. En un magnífico Ms. de la librería del señor duque de Osuna, que fué escrito de orden y bajo la direccion del Marqués de Santillana, segun demuestra su escudo de armas y su empresa caballeresca puesta en la primera foja, se inserta en caracteres latinos el texto árabe de esta singular elegia.—De una á otra estrofa se lee la version castellana de la misma, que difiere muy poco de la trascrita en el texto: el expresado códice parece corresponder á la *Estoria de Espanna* del rey don Alfonso.—Don Pedro José Pidal ha publicado dicho texto en los apéndices al *Discurso preliminar del Cancionero de Baena* (pág. LXXXIV), bien que atribuyéndolo á otra *Crónica*, de que en su lugar hablaremos.